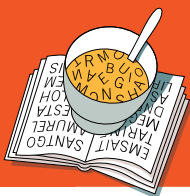


SOPA DE LIBROS

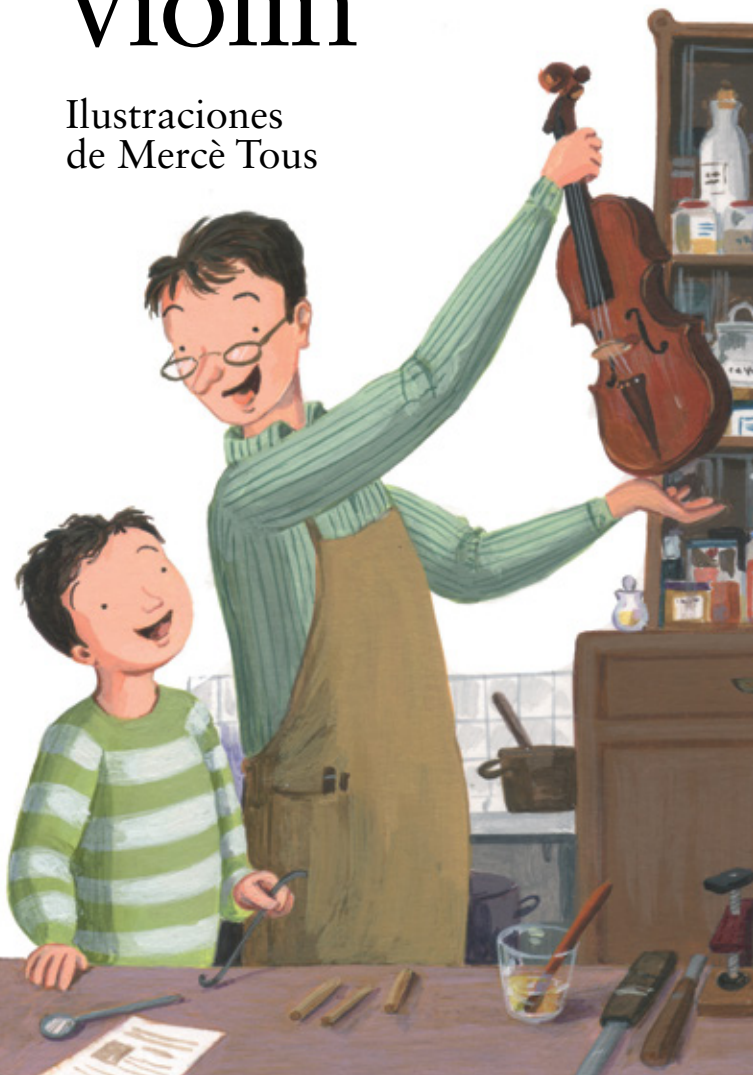
Anna Manso

# El último violín

Ilustraciones  
de Mercè Tous



ANAYA



Título original: *L'últim violí*

© Del texto: Anna Manso, 2014

© De las ilustraciones: Mercè Tous, 2018

© De la traducción: Anna Manso, 2018

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2018

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-3595-1

Depósito legal: M-202-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Manso, Anna

El último violín / Anna Manso ;

ilustraciones de Mercè Tous. — Madrid : Anaya,  
2018

64 p. : il. c. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 188)

ISBN 978-84-698-3595-1

1. Violines. 2. Enfermedades. 3. Relaciones familiares.

I. Tous, Mercè , il. II. Manso, Anna , trad.

087.5: 821.134.1-3

SOPA DE LIBROS

Anna Manso

# El último violín

Ilustraciones  
de Mercè Tous

Traducción de la autora

ANAYA



*Para Montse,  
que confió en mí.*

# DEDOS QUE BAILAN CLAQUÉ

Octavio podía pasarse la tarde entera viendo trabajar a su padre. Nicolás, un amigo del colegio, aprovechaba todas las horas del mundo intentando completar una nueva colección de cromos. Georgina, la compañera de mesa de Octavio, dedicaba la hora del recreo a observar la madriguera de una araña peluda. Y la abuela, que ya no andaba demasiado bien de la cabeza, no se movía de delante de la lavadora hasta que terminaba todo el programa de lavado.

—No quiero perder de vista mis calcetines rojos —decía.

La abuela solo quería llevar puestos esos calcetines y mientras daban vueltas

dentro del tambor de la lavadora, ella permanecía sentada en un taburete delante del electrodoméstico, descalza. Una vez limpios los secaba con un secador de pelo y se los volvía a poner. Y así cada día.

Octavio, cuando no tenía deberes, se pasaba la tarde en el taller de su padre para verle trabajar. Y cuando tenía deberes, también. Si sus amigos le preguntaban a qué se dedicaba su padre, él respondía que era constructor de violines.

—Soy lutier —le corregía el hombre.

A Octavio esa palabra no le gustaba. O sí, pero le daba vergüenza pronunciarla.

—Papá, si digo que eres lutier mis amigos no saben lo que significa.

—Pues les cuentas que un lutier es una persona que construye un instrumento de cuerda. Un violín, por ejemplo.

De todas maneras, el hombre no insistía. A su hijo la palabra no le gustaba, pero el oficio, sí. Veía la cara del niño cuando utilizaba la gubia y aquel cepillo más que pequeño, diminuto, y cómo fisgaba en los cajones y preguntaba el nom-



bre de cada una de las herramientas, fascinado:

—Esto es un pie de rey... y esto un sargento y eso de allí un compás de gruesos —respondía el padre, paciente.

Y reía a gusto cuando Octavio ponía cara de asco al enterarse de que la cola caliente que utilizaba estaba hecha a base de tripas de gato.

10

Y aunque al niño le tocase preparar un dictado, o hacer sumas y restas, no le importaba que le hiciera compañía. Todo lo contrario.

Su padre le había construido una pequeña mesa en el taller, así, mientras hacía los deberes, Octavio no se perdía ni un detalle. Seguía con deleite las manos enérgicas y delicadas del lutier cuando convertían la madera en las distintas partes del instrumento. Y cómo, semanas más tarde, esas mismas piezas, encoladas, se transformaban en un violín. A veces, Octavio le pedía el teléfono móvil para fotografiarlo trabajando. Era un móvil muy delicado. Su padre refunfuñaba y opinaba que un teléfono



como aquel no estaba hecho para que los niños jugasen y le decía cinco veces que no, y una que sí. Cuando su padre accedía, le hacía mil y una fotografías. Visto a través de la pantalla del teléfono, a Octavio le parecía que el trabajo de su padre era todavía más importante.

Pero hacía días que el niño había observado algo raro. Las manos de su padre temblaban un poco, y cuando eso sucedía se le escapaba un taco:

—¡Mecachis los macarrones gratinados!

Octavio sabía que ese taco lo decía porque él estaba delante. Cuando estaba solo, los tacos eran de esos que los niños no deben escuchar. A veces lo soltaba porque se había hecho daño con un formón, o porque se había enganchado los dedos con cola y bromeaba simulando que no los podía separar jamás.

—¡Mecachis los macarrones gratinados! ¡Octavio, trae la sierra eléctrica! ¡Tienes que despegarme los dedos!

El niño se reía y le acercaba una sierra normal y corriente a la que su padre ha-

bía pegado un enchufe estropeado con cinta adhesiva. Padre e hijo hacían el payaso: Octavio acercaba la sierra y antes de utilizarla su padre separaba los dedos.

—¡Mecachis los macarrones gratinados! ¡Ya no podrás serrarme los dedos!

Pero últimamente los tacos de su padre ya no eran de broma.

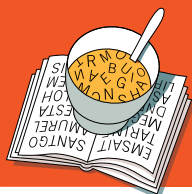
Una tarde, Octavio se quedó en casa porque estaba resfriado y su abuela quiso prepararle la merienda. El vaso de leche le resbaló de entre las manos y se rompió en mil pedazos.

—Los dedos de nuestra familia son una lata. A partir de cierta edad, bailan claqué. Bueno, los de tu padre, no. ¡Los de tu padre construyen violines!

Octavio sabía que el claqué era un baile que se bailaba con unos zapatos que llevan unas piezas metálicas en las suelas que cuando repican contra el suelo hacen «cla-qué». Lo sabía porque a su abuela le gustaban unas películas antiguas en las que salía una pareja que bailaba claqué por todas partes, ¡incluso en el techo! No,

lo que le sorprendió no fue que la abuela hablara de ese baile. Se quedó estupefacto porque de repente comprendió por qué su padre estaba de tan mal humor: sus dedos también bailaban claqué. Construir violines empezaba a serle difícil. O muy difícil.





A partir de 8 años

A Octavio le gusta pasar las tardes viendo a su padre trabajar. Es un lutier, construye violines, y a Octavio le parece un trabajo importantísimo. Pero algo empieza a fallar en las manos de su padre: dejan de ser precisas y tiemblan. Está a punto de abandonar su profesión, aunque antes de cerrar el taller le llegará un encargo bastante extravagante.

